

ATALAYA

El obieto del operador está en todas partes

Imagínense ustedes colgado en un andamio rudimentario a sesenta metros del suelo en disposición de dar vueltas a la manivela de una cámara o agarrado a una aspereza de roca, en los peligrosos macizos del Mont-Blanc con objeto de tomar una vista impresionante de aquella maravilla de la naturaleza, o en un avión, cabeza abajo, o en un globo sin barquilla, dando siempre vueltas a la infatigable manivela, a esos seres audaces que se llaman operadores.

Esto no es más que un botón de muestra, unos cuantos ejemplos, de los peligros que los operadores de cine tienen que afrontar casi diariamente. Los estrellas de cine hasta en las escenas menos peligrosas, están siempre garantizadas contra los accidentes; los fotógrafos, jamás. Entre los numerosos operadores que trabajan diariamente en la confección de films, que luego veis, las más de las veces con admiración, sentados plácidamente en una butaca, no hay uno sólo que no haya arriesgado la vida por lo menos un par de veces al año. Llevan todos ellos una vida que seguramente hubiera gustado a muchos aventureros de antaño.

Cuando John Arnold fotografió «El gran desfile», tuvo que colocar su aparato entre dos cargas de dinamita y rodar imposible la manivela durante la explosión. Pero supongamos que la explosión no se hubiera producido como se esperaba, o sea; por la parte superior de la mina: el operador hubiera sido pulverizado.

Arnold, sin embargo, dice que la mayor emoción que sintió en su vida fue cuando fotografió «La brigada de incendios», en la emocionante escena del incendio. Las llamas le envolvían por momentos.

Perey Hillburn hizo recientemente atar a una vagoneta de montañas rusas para fotografiar con más libertad y seguridad una vertiginosa persecución. En «La tentadora», fotografió la escena de la construcción de una presa, suspendido en un cable que se balanceaba por encima de una profunda garganta.

Max Fabián tuvo que hacer, para «La gran división» una peligrosísima ascensión en el gran desfiladero del Amazonas. Pero el record de las «acrobacias» de montaña, lo detenta Clyde de Vienne, llamado «el camello humano», que rodó una escena en la extremidad de una roca de Yosemite, mientras dos ayudantes le tenían sujeto por los pies para evitar que desapareciera en el abismo.

Durante muchas horas, Douglas Shearer, Sam Wood e Ira Morgan estuvieron suspendidos en el espacio, navegando en un globo esférico, a más de setecientos metros de altura

para filmar «Rookies» (los azules), la gran película que nos ha proporcionado curiosos episodios de la vida militar en la armada americana.

William Daniels corrió grandes pe-

DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 197)



LON CHANEY EN «MISTER WU» (Por Rafael Rubio Casado de Barcelona)

ligros filmando los rápidos de «En Piste en 1898», donde estuvo a punto de ahogarse varias veces. El film se desarrolla en el maravilloso escenario de las Montañas Rocosas. En aquel desierto de hielo donde comenzó la formidable avalancha de 1898, el «metteur» hizo que estableciera un campo gigantesco. De Los Angeles, un tren especial de quince vagones Pullman, el tren más largo que se haya formado para una empresa cinematográfica, condujo el material de los operadores y treinta y dos artistas, los principales actores del film. Enorme fue su asombro al ver la amplitud gigantesca de aquel campo de operaciones en donde habían de pasar muchos meses. Además de los miembros de la distribución y del personal técnico, vivieron con ellos tres mil comparsas en aquella ciudad improvisada.

En aquella época, John Nickolaus,

actualmente jefe de los laboratorios Metro-Goldwyn-Mayer, no era más que operador y su más grande «escalofrío» le sobrecogió cuando fotografió el incendio del «Equitable» (Life building): su único punto de apoyo era la cornisa de un edificio de enfrente y esta cornisa estaba cubierta completamente de hielo; pudo sostenerse en ella, gracias a las botas de clavos, especiales para hielo, de que había tenido la precaución de proveerse.

—Las explosiones de dinamita nos asustan gran cosa, decía recientemente Nickolaus, porque tenemos confianza en la destreza de los técnicos pero las balas son algo más peligrosas. En el film de Lon Chaney, titulado «Mientras duerme la ciudad», verdaderas balas pasaban silbando lúgubramente, al lado de Henry Sharp, el operador que impasible, detrás de su aparato, daba vueltas y más vueltas a la manivela.

Es preciso también añadir que los tiradores empleados en estos films son muy hábiles. Buster Keaton, sin embargo, no las tenía todas consigo desde que un día, rodando una batalla — cuando era «cameraman» — las balas de una ametralladora hicieron blanco en las patas de su aparato, destruyéndolo.

Cuando Merrit Gerstad filmó la carrera de «Ben-Hur» iba en una plataforma automática que procedía inmediatamente a los caballos lanzados a todo galope; hubo momentos en que estuvo a un metro escaso de los caballos cubiertos de espuma y jadeantes. El más leve retraso de su plataforma automática suponía su aplastamiento.

Todo lo que antecede demuestra que no todo son trucos en el cine y la necesidad de los operadores de poseer un sistema nervioso perfectamente equilibrado, una maravillosa sangre fría y un don especial para cumplir eficazmente su cometido.

El galán de Norma

Se acaba de establecer definitivamente que Gilbert Roland no actuará de primer galán para la próxima obra de Norma Talmadge, separando así una pareja de amantes chinosos que ha sido objeto de gran atención por parte del público y la Prensa. Lo más ocurrente del caso, es que Eugene O'Brien ha sido escogido para actuar con Norma. Se recordará que Eugene fué el predecesor de Gilbert en el rol que ahora vuelve a desempeñar.

HABLANDO CON LAS «ESTRELLAS»

Un rato de charla con la bailarina española CONCHITA MONTENEGRO

—¿Qué quiere usted comer, Conchita?

—Espere y le diré lo que es bueno. Gravemente, la cabecita morena de bronceado tono, se inclina para mirar la lista. Esto ocurre, en el restaurant del Estudio de Joinville, en un saloncito reservado a las «vedettes». A nuestro lado, reunidos en otra mesa, los intérpretes de «Paris-Girls», lucen trajes según la moda de 1913, acompañados de pelucas de «cabellos largos». Más lejos, M. Rousell, de una elegancia muy moderna, come con uno de sus colaboradores. Y por último, frente a mí, en una mesita junto a un balcón, Conchita.

Viste un traje de noche que deja al descubierto sus brazos y espalda, dándole la apariencia de una niña traviesa que se hubiera puesto un traje de su mamá. Los rizos de sus cabellos negrísimo encuadran un rostro de rasgos infantiles donde, bajo las hermosas cejas y mal velados por unas enormes pestañas, brillan unos ojos de fuego, unos ojos tras los que parece asomar su diabólica sonrisa mefistofélica. Conchita es casi una niña: tiene diez y siete años; es muy bonita y desempeña el papel central de un gran film—«La femme et le Pautin». Hay muchas jóvenes que desearían encontrarse en su lugar...

En un momento, la gran «vedette» encarga una lista colosal de platos para los dos, insistiendo con ahínco en que todos sean bien «cumplidos», o mejor: de colosales proporciones.

—Pero, Conchita, ¡por Dios! Nunca volveremos a verla a usted y menos a la hora de comer...

—¡Oh! ¡Si ahora yo casi no como! —dice atacando con brio una tortilla—. Si me hubiera visto usted en España... Todas las tardes, me iba al cine y me compraba una libra de bombones. Miraba la película y comía. Y cuando la película había terminado, el paquete estaba vacío. ¿En-gordar? No, no tengo que esto ocurrir... Yo engordo, al revés que el resto de los mortales: cuando no como...

Ya está Conchita en trance confidencial, no tengo más que escucharla con deleite ya que su charla es muy amena y pintoresca. Habla impecablemente, sin detenerse ni equivocarse, en un francés perfecto, excelente...

—En Sevilla, estábamos en un colegio mis hermanas y yo. Al mismo tiempo aprendíamos a bailar. Un buen día decidimos presentarnos en público como bailarinas profesionales. ¡Si usted hubiera visto nuestro

debut! El público estaba entusiasmado, nos aplaudía frenéticamente. Yo me divertía como una loca. Luego, vinimos a Francia donde bailamos en Toulouse, Bordeaux, París.— hasta que un día, M. de Baroncelli, me propuso rodar para un film y... heme ya vedette de la pantalla. ¡Ah! es nada!

—Pero oiga, Conchita, ¿qué dice su madre de todo esto?

—¿Mi madre? Pues, que el día en que deje de ser artista, será el más hermoso de su vida. Mientras eso llega, está en el hotel con nosotras, atareada continuamente en arreglar mis trajes... Ya me comprenderá usted... Yo quiero ser una gran vedette, ir a América y ganar mucho dinero. Mi hermana, muchas veces me dice con sorna: «Eres una gran romántica: no quieres más que mucho dinero y mucha comida...»

Y Conchita estalla en una franca y sonora carcajada.

—Todavía no me ha dicho usted, si le gusta París.

—MUCHÍSIMO, y sobre todo los almacenes—dice Conchita, con brillante mirada—. Cuando no trabajo, me paso el día fuera de casa, yendo de aquí para allá, y compro... compro... ¿Sabe usted? Yo no soy hipócrita como otras mujeres. Cuando me preguntan qué es lo que me gusta, lo digo sin rodeos. Si, me gustan, los tejidos bonitos y caros, los hermosos trajes, los autos, las casas, las alhajas... Cuando era chiquita me guardaba, y muchas veces me las ponía, todas las alhajas (¡!) que encontraba: bonitas, feas, verdaderas (de éstas, poquísimas), falsas...

Conchita se interrumpe un momento para pedir una ración doble de café. Luego hablamos del cine.

—Mi sueño dorado sería—dice— tener un «partenaire» guapo, elegante y sobre todo, muy inteligente... Además, querría que no se depilara las cejas—añade con gravedad impropia de su edad—. Un hombre que se depila las cejas, no es hombre. ¡Mis actores preferidos? Ronald Colman y John Gilbert. ¡Qué no daría yo por saber trabajar como ellos!... Una actriz debe procurar siempre trabajar al lado de grandes artistas. Eso exalta y a mi juicio es la única manera de hacer progresos...

Son las dos. Ante unas copitas de licor, encendemos unos cigarrillos que un joven actor vecino de mesa, acaba de ofrecernos...

—Es muy tarde—dice Conchita saboreando el cigarrillo como un fruto prohibido, porque su madre no quiere que fume...— Cuando como sola, lo hago muy deprisa. Hoy hemos charlado mucho. Y a mí me gus-

ta tanto hablar!... Venga, haga el favor, vamos a mi camerino; quiero enseñarle mis «pinturas», mis trajes...

De pie ante el espejo que refleja su silueta delgada y robusta, Conchita se alisa los cabellos... y habla sin cesar.

—Mi traje es demasiado escotado, ¿no es verdad? ¡Oh! Al principio tenía vergüenza de «lucir» mis brazos y espalda, y ahora soy yo la que exijo más escote... ¡Vea! mi caja de «maquillaje»; ella será mi compañera de viaje, más tarde, cuando vaya a todos, todos los países del mundo... —¿Viajar ha dicho? No está mal; pero un buen día, cuando menos lo espere, encontrará a un joven del que se enamorará, y ya no querrá viajar más que para quedarse siempre a su lado...

Algo asombrada, Conchita queda mirándose largo rato antes de responderme.

—¿Si me enamorara? ¡Ah, es verdad, no sé lo que haría!... Eso ya lo verá más tarde, cuando sea mayor.

Abandonamos el camerino para ir al Estudio. Mientras nos dirigimos allí, Conchita me habla con animación y entusiasmo de su España, de su querida patria.

—Cuando debutamos, en Madrid y Sevilla, lo hicimos en los mejores teatros. Había un público muy chic, grandes señores, nobles... Y luego, ¿sabe usted?, cuando iba a esos teatros, todo el mundo me reconocía. Luego...

Abajo, M. de Baroncelli espera, dispuesto para empezar.

—Seguramente le habrá contado la mar de historias—díceme éste—; no es imaginación lo que le falta, no...

—¿Dónde descubrió usted a Conchita, monsieur de Baroncelli?

—En el Olympia, de París, donde la vi bailar. Jackes Feyder ya se había fijado también en ella y si yo no me hubiera apresurado a firmar un contrato con ella para rodar «La femme et le Pautin», seguramente a estas fechas estaría trabajando en la Metro Goldwyn. Y ahora, en secreto. ¿Quiere usted la receta para hacer rabiar un poco a Conchita? Dígale que se parece a Raquel Meller... Conchita, que ha oído algo, se vuelve con rapidez...

—No; yo no me parezco a esa señora en nada; yo no me parezco más que a mí misma—dice, haciendo un lindo mohín.

Y tiene razón. Con su carita de niña, sus ojos negros y maliciosos y sus labios de mujer, Conchita Montenegro no se parece a nadie...

C. DORE

# ACTUALIDADES CINEGRAFICAS

## ¿UNA VEDETTE TARTARA?

Antes, las grandes «stars» eran casi todas de procedencia americana. Hoy, los mismos americanos han sentido el ansia de renovar sus productos de su casa, mediante la importación de los extranjeros.

Y a fe mía que han acertado, ya que productos importados son Jannings, Dolores del Río, Lupe Velez, Raquel Torres y otras muchas y muchas que omitimos por no hacer la lista interminable.

La última estrella extranjera admitida es una joven tartara de singular belleza, llamada Anna Vojzik, labradora, ignorante, que no sabía lo que era un cine hasta que un «metteur» la descubrió por casualidad, la hizo rodar un poco, a modo de ensayo, notando, inmediatamente en ella una fotogenia excepcional. Contratada y hoy ha rodado ya el papel de un nuevo film titulado «El Volga en llamas» donde interpretó con maravillosa realidad y arte exquisito el papel de Fatmá. En pocos meses ha logrado ponerse esta joven al nivel de las demás estrellas...

¡He aquí una aventura de cuento de hadas que a más de una cabecita joven hará soñar!..

## LO QUE HACEN EN AMERICA

Maurice Chevalier rueda para la Paramount, un fonofilm, cuya música está escrita expresamente por Whiting y Robín. En el transcurso de dicho film cantará Chevalier cinco canciones inéditas y tres de su repertorio. Hay que añadir a esto, que la mencionada firma que había contratado a ese artista por doce semanas y un film, acaba de hacerle nuevo contrato por varios años con un sueldo de 10.000 dólares por semana de trabajo.

Harold Lloyd rodará en un nuevo film sonoro que dirigirá Malcolm St-Clair.

Emil Jannings rueda para la Paramount un film bajo la dirección de Lewis Milestone, cuyo título provisional es «Cuento de los Alpes».

## OTRO QUE CAE...

Se anuncia el próximo enlace del notable actor cinográfico Ivan Mosjoukine, intérprete de «Casanova, el galante aventurero», con la actriz Agnes Petersen, que con él compartió el éxito obtenido por el film «Rojo y negro».

Creemos que ahora va de veras.

## OTRA VICTIMA DEL «VENENO BLANCO»

Hemos sabido con honda pena, que la notabilísima y hermosa Alma Rubens, una de las mujeres más bonitas de la pantalla, acaba de morir víctima de una intoxicación produ-

cida por haber tomado una exagerada dosis de cocaína que su médico de cabecera—un desaprensivo sujeto—, parece, según la Frensa americana, que le proporcionaba haciéndosela pagar a 300 pesetas el gramo. Se añade todavía, que el susodicho médico no usaba más que ese pro-

## DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 195)



NEIL HAMILTON  
(Por Rafael Llobart de Barcelona)

cedimiento para curar a los pacientes... ¡Antes Wallace Reid, ahora Alma Rubens!.. Dos valores positivos cinegráficos que el mortal veneno nos ha arrebatado...

## CARRERAS ORIGINALES

Karl Dane, el inolvidable «Slim» de «El Gran Desfile», envidioso de la gloria de Ramón Novarro como vencedor en las carreras de velocidad de «Ben-Hur», con su cuádriga, y queriendo emular sus proezas y aun superarlas pero... a la inversa, hizo en el jardín de su lengalaw una carrera de tortugas para intentar batir el record de lentitud del mundo, ya que los mencionados galápagos tardaron en recorrer 0'50 metros, cerca de una hora...

Lo que quiere decir que si intenta dar la vuelta al jardín, que tiene un perímetro de 200 metros metros, tardará, aproximadamente, también, 400 horas o sean 116 días y pico!.. Eso, suponiendo que no haga semana inglesa...

## LOS MAESTROS DE ARMAS NADI Y AYAT

Para filmar «El Torneo» y dar una sensación de verosimilitud a las escenas guerreras y sobre todo a los combates cuerpo a cuerpo, M. Jean Renoir, que dirige la mencionada obra tropezaba con el gran inconveniente de que los susodichos combates se apartaban de la realidad, eran poco movidos y pensó contratar a los dos formidables maestros de armas Aldo Nadi y Félix Ayat, reputados hoy casi como los mejores del mundo. Le era más fácil enseñar a trabajar a estos dos maestros frente al objetivo que enseñar a tirar armas a dos estrellas de la pantalla... y estos dos señores tiran maravillosamente: encienden las cerillas a sablazos, parten una tarjeta de visita de canto, etc., etc.; es decir, que manejan el florete y el sable que es un primor...

En lo de manejar el «sable», hay que confesar, sin embargo, que tienen muchos aventajados imitadores.

## FIN

Leila Hams, una hermosa jovencita con la alternativa de «vedette» actualmente rodando para la M. G. M., se dedica con ardor a la cría y educación de conejitos rusos, a los que dedica una importantísima parte del tiempo.

Los cuida con mimo y parece sentir por ellos un tierno afecto.

No obstante, como alguien le interrogara por qué sentía esta pasión por los conejos, respondió muy seria, nuestra heroína, dejando sentimentalismos a un lado:

—Pues, porque al precio que van adquiriendo las pieles, pronto será para mí un negocio más claro, criar conejos que trabajar en los films... ¡Qué sentimental!..

## El Mago de HOLLYWOOD

## Xavier Cugat o la actividad múltiple

La casa Pathe ha contratado al inspirado violinista y conocido caricaturista, señor Xavier Cugat, para componer la música y el canto de una cinta parlante de ambiente hispano. Cugat está encargado también de preparar los decorados y trajes que se han de emplear en esa obra.

# En Tahití, tierra de amor y de sol

Una ligera brisa agita dulcemente las palmeras. Sentado en un cómodo balcón de junco a la sombra de un árbol del pan, que me resguarda de los ardientes rayos solares, no abastante ser el invierno indio muy caluroso; hasta el extremo de conducirnos a la indolencia, me encuentro disfrutando de aquella dulce placidez, de aquella calma, sólo turbada por los cantos de miriadas de pintados y raros pájaros que pueblan aquellas selvas. Una hermosa joven indígena, de bronceada piel, me trae agua de coco fresca y mientras la bebo me hace aire con una hoja de palmera. En la lejanía, una música del país toca una antigua melodía. Cierro los ojos y me duermo tranquilamente.

Así es como yo me representaba las islas del Océano Pacífico antes de haber estado en ellas. Cuando la casa Metro - Goldwyn - Mayer me pidió que hiciera un viaje para rodar allí «Sombras blancas» vi el cielo abierto y cogí la ocasión por los cabellos. Había estado en casi todo el mundo, pero no conocía las islas de ensueño del Pacífico. Aquella era para mí una ocasión que ni pintada.

Embargado por la esperanza de vivir nuevas aventuras, despedirme de la familia y salté a bordo del paquebot que había de conducirme. La deliciosa idea que yo tenía formada de la vida indolente de las islas del Pacífico no me abandonó ni un solo momento durante todo el viaje. Tuvimos una magnífica travesía.

La tarde del décimo cuarto día de navegación, distinguimos las escarpadas crestas de Tahití. Jamás vi un panorama más bello. Aquello era lo que yo había soñado; más hermoso todavía: atmósfera exótica llena de colorido, panorama suntuoso, luz, sol, mucho sol; para terminar antes; pongan ustedes los adjetivos encomiásticos que más les cuadre y no conseguirán aplicarlos justamente: se quedarán cortos.

Una pintoresca y abigarrada muchedumbre, indígenas en su mayoría; nos esperaba en el muelle para darnos la bienvenida; mis futuros compañeros durante cinco meses. Mi emoción era intensa, me sentía atraído irresistiblemente hacia ellos y deseaba ardentemente trabar conocimiento con aquellas buenas gentes. Les fui presentado y como yo había soñado, no respondieron a aquella prueba de afecto como yo esperaba, sino que la sobrepasaron, mostrándose cordialísimos. M. W. S. Van Dyke, el «metteur en scène», que había llegado en un barco que nos había precedido; vino a mi encuentro y me explicó que la raza de la Polinesia desaparecía rápidamente y que los indígenas que veía sobre el muelle no eran el tipo más hermoso que existía. Era verdad: algún tiempo más tarde, encontramos en los pueblos a alguna distancia Papeete, hermosos ejemplares, tipos magníficos, lo mismo que en ciertas islas vecinas.

Van Dyke me condujo a su hotel y allí combinamos el plan que habíamos de seguir para empezar a trabajar al día siguiente.

El paisaje, visto de cerca, respondió a nuestras necesidades, excepción hecha, desde luego, de los lugares donde los indígenas habían estado ocupados; la semana anterior, en limpiar el pescado. En este país la principal riqueza es la pesca, constituyendo, además, la base de la alimentación. Encontré a las gentes del país muy hospitalarias; era raro el día que no me invitaban a algún banquete. Viven muy bien, ya que no tienen más que coger lo que les hace falta. Comí de todo lo que me sirvieron en el primer banquete. Yo ví cómo preparaban los alimentos y pude sacar en consecuencia que en nuestro régimen alimenticio empleamos muchas cosas que conviene eliminar.

Llovía con bastante frecuencia, pero en Tahití no se le da gran importancia a esto; ni nadie toma precauciones. Cuando llueve se mojan. Cinco minutos más tarde sale un sol esplendente, que lo seca toda y otros cinco minutos después está uno calado de sudor.

Mis sueños con respecto al árbol del pan, no se realizaron más que a medias. Un día en que me encontraba entado bajo uno de estos árboles, descendió de él un cangrejo que me pelizó horriblemente en una oreja con uno de sus terribles alicates. No trabé una batalla con un cangrejo: es un animal que no se bate honradamente.

A pesar de todo, hicimos una excelente labor y rodamos con éxito un film magnífico. Tahití, que es una isla de 192 kilómetros de perímetro, posee más de ochenta ríos.

## DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 196)



GRETA GARBO  
(Por Anastasio Escolá Gralles de Barcelona)

Y puede atestiguar exactamente que existen porque o los he rodeado o he hecho en ellos pescas verdaderamente milagrosas.

Hay también montañas de 7.000 pies de altura, a la mayoría de las cuales he subido.

Alrededor de la isla se encuentran arrecifes y bancos de coral. El coral es un poco más duro que nuestra epidermis. Algo sé de esto, porque una vez traté de romper algunos pedazos con mis piernas cuando la corriente marítima me transportó un día bajo un banco de coral y todo lo que conseguí fué hacerme una serie de heridas.

Hemos tomado muchas fotografías en mitad de las junglas y malezas, donde la vegetación es tan rápida que un sendero abierto hoy, no existe mañana.

Nos era preciso cargar todo nuestro material a espaldas de los indígenas. También traté de que me transportaran a mí, pero íme encontraron demasiado pesado...

Nuestra distracción principal, era nadar. Todos los días íbamos a la laguna. Los indígenas pretendían que estaba llena de tiburones, pero siempre tuvimos suerte y volvíamos sanos y salvos. Estos indígenas, dedicados muchos de ellos a la pesca de ostras perleras, no tienen un gran cuidado, respecto a los peligros que puedan correr. Se zambullen admirablemente, llegando con el tiempo, a causa de su constante entrenamiento, a permanecer dos o tres minutos bajo el agua. El film que hemos rodado, muestra muchas escenas extraordinariamente curiosas de pesquerías de perlas, que han sido rodadas; como es lógico, con verdaderos pescadores.

¿Aventuras? Nos han ocurrido tantas, que una vez de vuelta a Hollywood, se nos preguntó por qué no habíamos fotografiado todo lo que, según nuestra narración, nos había ocurrido; pues hubiera constituido una historia más bella que el mismo film.

Un día la tempestad echó nuestra barquilla contra un arrecife, donde tuvimos que permanecer ocho mortales horas esperando que amainara el temporal lo suficiente para poder salvarnos.

Yo había calculado que hubiéramos tenido que nadar diez millas marinas para alcanzar la costa, y francamente, no las tenía todas conmigo; no estaba seguro de poder llevar a buen término semejante proeza.

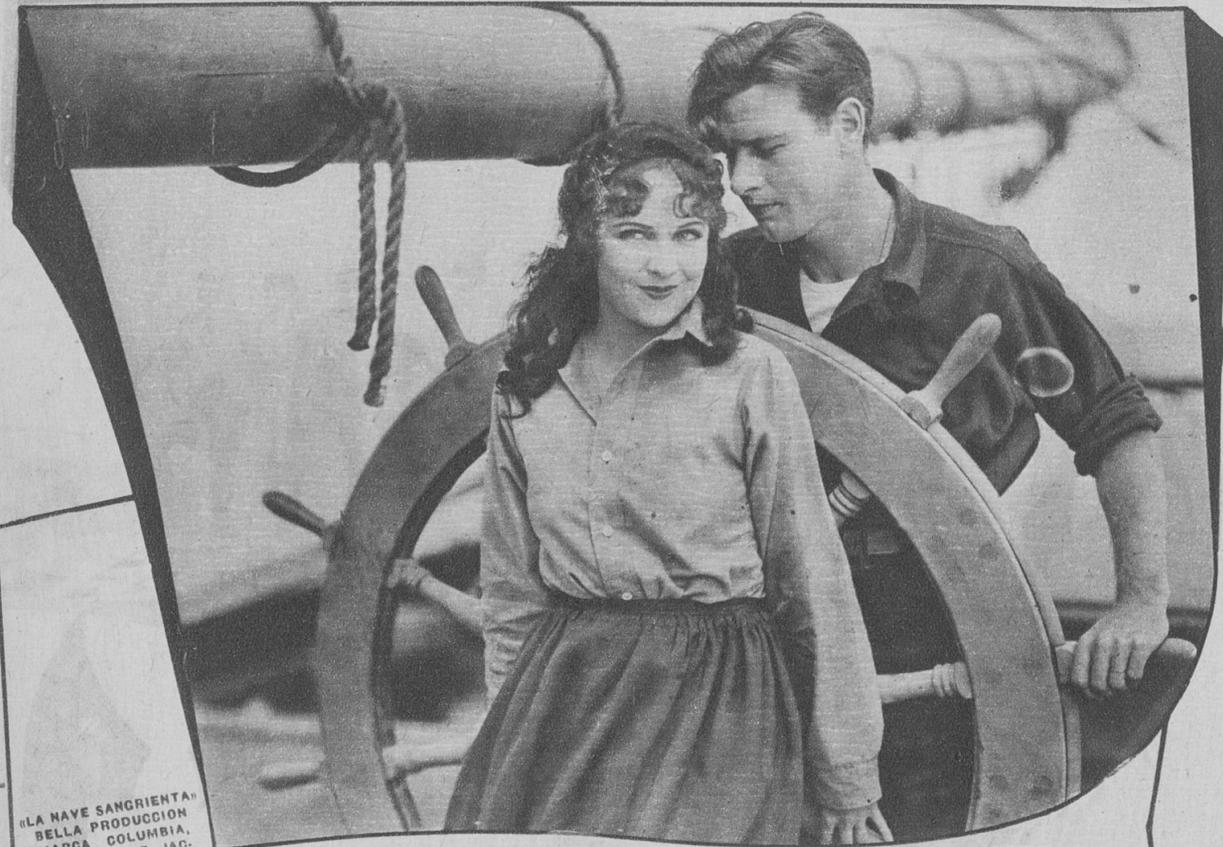
Aquel día no tomamos fotografías y sin embargo, fué el que más arriesgamos la vida.

Tardamos cinco meses en rodar totalmente «Sombras blancas» y cuando el film estuvo terminado, abandonamos con pena aquella bendita tierra, donde tan buenos ratos pasamos, para volver de nuevo a Hollywood.

## MONTE BLUE

# JVEVES CINEMATOGRAFICOS

DE  
El Dia Gráfico



«LA HAYE SANGRIENTA»  
BELLA PRODUCCION  
MARCA COLUMBIA,  
CREACION DE JAC.  
QUELINA LOGAN Y  
RICHARD ARLEN



UNA HERMOSA ESCENA DE «QUIEN ES ELLA?»  
CINTA MARCA COLUMBIA, QUE INTERPRETAN  
ANITA STEWARD, HUNTLY CORDON Y GASTON GLASS

Num. 103

FEBRERO

28-1929



LA RENOMBRADA ES-  
TRELLA POLACA, POLA  
NEGRI, QUE HA DEJA-  
DO LOS ESTUDIOS DE  
HOLLYWOOD PARA IM-  
PRESIONAR PELICULAS  
EN EUROPA, BAJO SU  
DIRECCION



CARMEN BONI E IWAN MOS-  
JUKIN, EN UNA REGOCIJANTE  
ESCENA DEL FILM «EL AYU-  
DANTE DEL ZAR», EN EL QUE  
HACEN UNA CREACION DE  
SUS PAPELES



GLORIA SWANSON Y SU MARIDO  
EL MARQUESE HENRY DE LA FAY  
VON STORHEIM, DURANTE LA  
PRODUCCION DE LA REINA QUE  
ES SU ULTIMA PELICULA DE MISE  
EN SCENE PARA LOS ARTISTAS



HE AQUI A RUTH WEYHER, DO-  
MINADA POR LA PASION DEL  
JUEGO, EN UNA ESCENA DE SU  
ULTIMA PRODUCCION, EN LA  
QUE COMPARTI, CON SUZY  
VERNON, LOS PAPELES PRIN-  
CIPALES



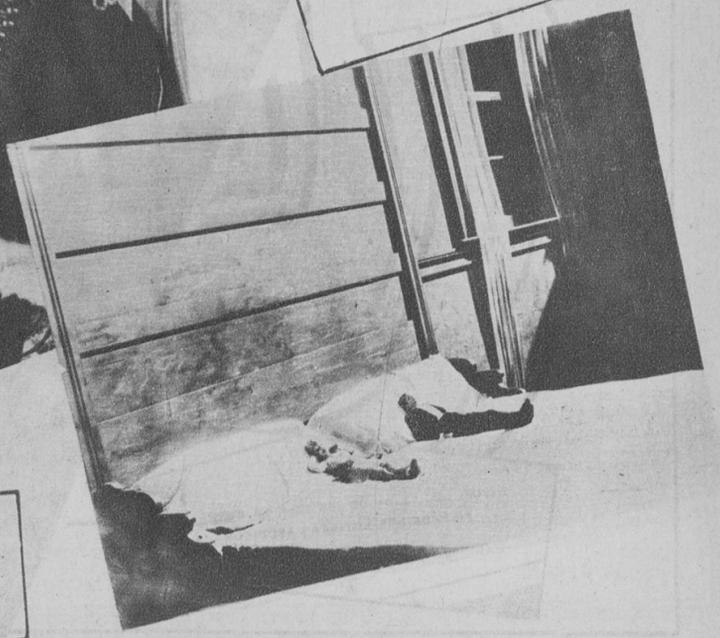
«ASFALTO» SE TITULA ESTA PRO-  
DUCCION, EN LA QUE ELSA HELLER  
CONSIGUE UN GRANDIOSO TRIUNFO



UNA CURIOSA ESCENA, MARAVILLOSAMENTE HE-  
SUELTA, QUE SE VERA, PROXIMAMENTE, EN UN  
FILM DE PRODUCCION ALEMANA

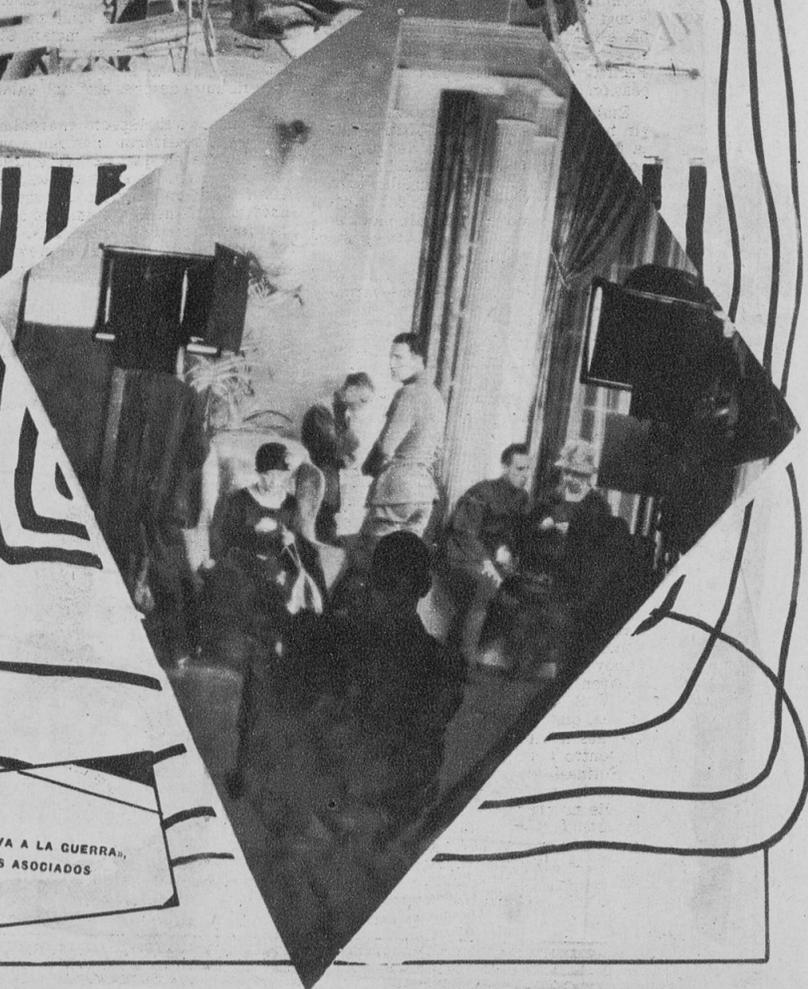


UNA ESCENA DE «EL CORREO DE NAPO-  
LEON», POR LA CONDESA RINA DE LIC-  
NORO, DE SELECCIONES GAUMONT DIA-  
MANTE AZUL





UNA INSTANTANEA DE CONSTANCE TALMADGE, EN EL CASINO DE MONTE CARLO POCO DESPUES DE LA TERMINACION DE 'VENUS', SU PRIMERA PELICULA PARA LOS ARTISTAS ASOCIADOS



HELEN HAYES EN UNA DE 'SE VA A LA GUERRA', FILM DE LOS ARTISTAS ASOCIADOS

LOS CAMPEONES SIENTEN COMO POGOS, LA ATRACCION DEL ARTE MUDDO. AHORA ES HELEN WILLS, LA CELEBRE TENNISTA, LA QUE HA FIRMADO PARA IMPRESIONAR UNAS CINTAS

LA BELLA HILDA RUCKERT, QUE HA IMPRESIONADO UNA CINTA EN SAINT MORITZ, HACIENDO UNA EXHIBICION DE SU DESTREZA



BELL DANIELS Y BEN LYON CUYO ENLACE HA CAUSADO SORPRESA EN LOS CENTROS CINEMATOGRAFICOS

ARGUMENTOS DE PELICULAS

SOMBRAS BLANCAS

porque éste, no cesaba de reprocharles su vergonzosa conducta. Mostrábaseles con frecuencia, las consecuencias de su acción. No habían hecho de estos pueblos, antes dichos, unos desgraciados con todas las lacras de la civilización y sin ninguna virtud de la misma? ¿No habían aplastado a aquella raza espléndida, con sus vicios y concupiscencias?

Sebastián, el inhumano traficante, pontifizó furioso al oír diariamente cómo aquel alcohólico censuraba acremente sus ilícitos negocios, y juró alejarlo de allí. Pronto trazó su plan, que puso en ejecución sin tardanza. So pretexto de visitar a un enfermo a bordo de un barco, hizo ir al doctor, al que una vez allí, ligó sólidamente a un mastil; luego desplegaron velas, levaron anclas y lo abarcaron al azar, en pleno océano. ¿Cuánto tiempo permaneció aquel desdichado a merced de las olas, hasta que pudo librarse de sus ligaduras? Nadie lo ha podido saber y ni él mismo se dio exacta cuenta, pero le pareció una eternidad. Sin embargo, una mañana, asaltada la fragata por un tifón, fué a esbarbancarse contra un acantilado y el doctor encontróse sin saber cómo, en la playa de una isla desconocida. Es-

taba muerto de hambre y de fatiga cuando llegó como pudo a la orilla, preguntándose si la isla estaba desierta o habitada. De pronto sus ojos se fijaron con estupor en una cabaña recién construida de la que dedujo que no estaba solo en la isla, que allí había hombres, quizá como él, y sacó fuerzas de flaqueza. Iba por el lindero del bosque, que terminaba en la misma orilla del mar, cuando oyó alegres carcajadas. Avanzó con cautela en la dirección de las voces, separando las ramas y quedose petrificado ante un espectáculo verdaderamente encantador. En una piscina natural, formada entre unas rocas en la que se desbordaba bullíesimamente una cascada, vió un grupo de mujeres que se bañaban. Era un espectáculo imprevisto y delicioso ver como todas aquellas jóvenes náyades, miraban en el agua sus cuerpos estatuarios, que tenían el color del bronce. Tan pronto como Matthew, por las fatigas y privaciones estaba desfigurado y distaba mucho de tener la cara de hombre, que estaba recostada entre las flores, desapareció lanzando un grito.

Aquel grito fué oído por las gentes de la isla, que acudieron presurosas. Todos hicieron círculo alrededor del naufrago. El doctor tenía ante sí a una multitud de hombres y mujeres que le miraban con curiosidad, pero sin intención de hacerle daño. Seguramente él era el primer blanco que habían visto en la isla. De pronto, se desplomó el naufrago, de debilidad y de hambre. No bien las gentes de la isla le vieron en tierra, acercáronse para examinarle. ¡Un ser de carne blanca! No podía ser más que un dios. Y lejos de zaherirle, los indígenas estaban dispuestos a someterse a aquel desconocido que no podía ser más que de origen divino. La bella durmiente que había primero se brindó a cuidar al recién venido. Era una joven admirable, de dientes blancos y brillantes, con ojos rebosantes de vida. Llamábase Faway y era la hija del jefe. A fuerza de solicitudes y cuidados, consiguió reanimar el movimiento y tan pronto como estuvo restablecido, pudo levantarse, no vió a su alrededor más que protestas de bienvenida. Para

DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 194)



GLORIA SWANSON (Por Francisco Buscall Simó de Barcelona)

Las pequeñas islas diseminadas en el Pacífico, fueron durante mucho tiempo las islas de la felicidad; la naturaleza era pródiga y exuberante en ellas, las había dotado de gigantescas palmeras, cocoteros y bananos cargados de fruto que constituían uno de los principales alimentos de sus moradores. Estos, de cogtumbres dulces y pacíficas, invertían el tiempo realizando cruceros por aquel proceloso mar, o haciendo inmersiones entre los bancos de coral. Y, durante las tardes luminosas, hombres y mujeres se reunían para cantar, como si dieran gracias a Dios por haberles hecho disfrutar de aquellos bienes terrenales de una belleza casi divina. Pero, los pescadores de las islas cuando se sumergían en el fondo del mar, volvían a la superficie cargados de conchas, que tan pronto se abrían dejaban ver en su interior perlas de una rara belleza. La noticia de aquellas maravillosas perlas había llegado hasta el oído europeo y éste se había precipitado sobre las encantadas islas, por amor al lucro, por el gusto del dinero. La civilización, al abastecer sobre aquellas islas, había llevado consigo toda clase de males, y los desdichados habitantes eran tratados a latigazos, haciendo el alcohol el resto de la obra destructora.

En una de estas islas residía un hombre de negocios, un verdadero rey del comercio, de una belleza moral espantosa, que no pensaba más que en explotar a los indígenas. Tan pronto como veía una perla, Sebastián, que así se llamaba el «businessman», sacaba un collar de abalorios, una pulsera o un reloj despertador, que cambiaba al instante por el pescador por la precitada joya.

Los indígenas, que arriesgaban la vida para sacar estas perlas del fondo del mar, no conocían el precio de las cosas y refan al aceptar como cambalache, esas puérriles mercancías.

Entre los indígenas se hallaba un médico, el doctor Matthew Lloyd, misántropo y alcohólico, que nadie sabía cómo había ido a parar a la isla. El traficante y sus amigos, cuando tomaban el aperitivo en un Kiosco cubierto casi en su totalidad por las palmeras no querían encontrarse cara a cara con el médico; mejor dicho, esquivaban su presencia. Era

Mientras tanto, Librada sacó de su caja el armonio y lo puso sobre sus banquillos de madera, diciendo al mismo tiempo: —¿A ver si se ha estropeado? Y tocó rápidamente una escala. —¿Usted sabe tocar ese instrumento?—le preguntó María. —Sí, señora: desde pequeña me enseñó mi padre música. Es mi afición favorita. ¿Le gusta a usted la música? —Mucho, hija mía; y por lo que usted ha tocado, la creo una profesora. —Y no ha juzgado usted mal—repuso Fanny. —Pues entonces—volvió a decir María—, mañana, que ya todo el mundo habrá descansado, daremos un concierto. —En el jardín, ¿no es verdad?—dijo con precipitación Constuelo. —Donde ustedes quieran—contestó con amabilidad María—. En esta casa sólo mandan y disponen los huéspedes. Pero ahora a peinarse; las dejo a ustedes, si es que no me necesitan para algo. María se despidió de las forasteras, y dió un beso a Librada. Al extremo de la escalera halló a su hijo. —¿Qué tal, madre mía? ¿Qué le ha parecido a usted mi novia? —Creo que es una muchacha muy buena, a quien he de querer mucho, porque me ha sido simpática—respondió María. Juan Antonio creyó que el modo más expresivo de agradecer a su madre el buen concepto que formaba de su novia era darle un abrazo y así lo hizo. —¡Ah, picarillo!—exclamó María—. Esta vez has venido muy desucón de Madrid; pero no te has acordado aún de tus hermanos. Juan Antonio se dió una palmada en la frente, y exclamó: —¿Tiene usted razón! Y echó a correr en busca de ellos.

CAPITULO II

En donde comienzan las indagaciones

El campo tiene un encanto irresistible, y mucho más si junto a la vega está el monte. Los forasteros dedicaron el primer día, acompañados por Juan Antonio y su madre, a recorrer algunas huertas del contorno y a visitar dos o tres chozas de pastores. Si fuéramos a describir los gritos de admiración que exhalaban aquellos pechos que por tanto tiempo habían respirado el aire insalubre de las buhardillas de la corte, sería preciso emplear un tomo. Pero dejando, como suele decirse, la paja por el grano, aunque esta comparación no sea de las más poéticas, entraremos en materia, pues a la altura en que nos encontramos, y siendo éste el último tomo de la novela que nos ocupa, se va haciendo indispensable caminar hacia su desenlace. El señor Blas se disponía a seguir a la alegre comitiva, cuando sintió que le tiraban del faldón de la levita.

Roque mandó que le trajeran lo que pedía, y mientras tanto, el señor Blas no cesaba de repetir: —¡Millonaria Librada! ¡Millonaria! ¡Dios mío! ¡Esto es un sueño, un milagro!

Bebióse el señor Blas el baso de agua que le presentó Francisca, y algo más tranquilo, volvió a decir: —Pero, señor don Roque, lo que usted acaba de decirme, ¿es una broma? —Nunca me permitiría yo bromas de esa naturaleza. Librada es rica, y mañana recibirá de mi mano la fortuna que le corresponde. Sólo le suplico a usted no diga nada de esto hasta que yo le avise. —Cerraré la boca y me abstendré de hablar con nadie, porque temo que si hablo lo voy a echar a perder; tal es la alegría que me retoza por todo el cuerpo. —Cuando regresen de paseo, usted procurará traerme la crucecita. —Sí, señor. —Pero sin que nadie se entere de ello. —Se lo diré aparte, encargándole el más profundo secreto. Pierda usted cuidado, que todo se hará a medida de su deseo. —Ahora, puesto que hemos terminado nuestra entrevista y la tarde aún es bastante clara, si usted quiere, iremos a ver el órgano de la ermita, pues el primero de junio, es decir, dentro de dos días, quisiera hacer una función religiosa —Vamos allá. —Luego, si nos queda tiempo, iremos a buscar a los chicos. —Muy bien pensado. Cogió el cura las llaves de la ermita, y los dos viejos se encaminaron a la casa de Dios. El señor Blas probó el órgano. Mientras verificaba esta operación, movía tristemente la cabeza, como quien dice: —Esto está malo. Por fin, después de varias probaturas, exclamó con tono magistral: —Este órgano tiene mucho polvo en los tubos; pero mañana entre un criado y yo le daremos un limpión, aunque creo que necesitará más que eso. —Pero, ¿usted calcula que para dentro de dos días podremos servirnos de él?—preguntó el cura. El músico hizo un gesto de duda y respondió: —¡Psch! Algunas notas sucias saldrán; pero como yo supongo que todos somos de casa... —Entonces, queda desde hoy a cargo de usted el órgano, y más adelante se hará la recomposición en grande, si es necesario. Salieron de la ermita y, cogiéndose del brazo, se encaminaron en busca de los forasteros.

factojar a aquel huested divinizado, se echó mano de toda la vegetación de la isla que, muy protuberante, daba la riqueza alimenticia de sus aguas, de sus orillas de las que los indígenas desdibujaban las perlas, que arro- jaban, despectivamente por la arena.

En aquella fiesta, el médico no pudo contar su admiración por la bella indígena y no solamente sonrió a Fayaway, sino que quiso abrazarla tiernamente. Aquello amonazó a acabar mal, porque, la hija del jefe, estaba comprometida. Era preciso, para conquistarla que el médico se mostrara digno de semejante belleza. Algunos días más tarde, tuvo la suerte de salvar la vida al hermanito de Fayaway; entonces fue cuando le concedieron autorización para que la considerara como cosa suya.

A partir de aquel momento, su vida en la isla fue una serie de hechos encantadores; Fayaway y él no conocieron más que las alegrías naturales. Aprendieron a imitar el canto de los pájaros, poblaban de las selvas y por ellas se perseguían como dos muchachos que se querían. Había siempre en un dulce y apaciguado beso. Pero aquella felicidad era demasado hermosa para ser duradera y llegó el momento en que el hombre blanco se estaba satisfecho. Una día, como veía al doctor a un indio, apresurarse a recogerla, y a llevarla en el valor que a aquella di- minuta joya se le daba en los países civilizados. Estos indígenas juegan con verdaderas fortunas. ¿Por qué no sacan todo el provecho posible? Y el viejo espíritu de lucro y co- dicicia despertó en el europeo. Desde aquel momento no se ocupó más de Fayaway; no pensó más que en aque- llos tesoros perdidos y, un día, no pudiendo más, cediendo a sus bajos instintos, el blanco encendió una ho- nera sobre un promontorio para llamar la atención de algún navío que acertara a pasar por aquellas latitudes. El amor a Fayaway le hi- zo, no obstante, arremetirse de su acción, y apagar la hoguera. Era de- masiado tarde. Un barco divisó la luz y echó el ancla en la bahía al- gunos días después. Y la felicidad que, que aquel navío que había lle- gado fuera precisamente el de Ste- bassin, al inmóvil tratante. Al ver- le, Matthew Lloyd trató de oponerse a su desembarco; pero el astuto hom- bre de negocios calculó rápidamente en enorme partido que podría sacar de un país en donde las perlas se- ban a puñados. De un tiro de re- volver mató al doctor y después no tuvo más tarea que corromper a los indígenas. Allí donde hasta entonces habían resido la paz y la felicidad, se instauró el odio y el lucro. En la península isla, verdadero paraíso terrenal, empezaron a instalarse al- macenes de traficantes y tiendas don- de se vendía alcohol. Y Fayaway, ve-tida de luto, pasaba triste por entre sus antiguos compañeros, que distraían sus ojos ahora locando el gramofono y fumando cigarrillos... La edad de oro había desaparecido del único lugar de la tierra donde todavía subsistía...

# La multitud ante la multitud

## DESDE PARIS

La pluralidad cinegráfica

El film de King Vidor cuyo inter- res artístico hizo que se esperara con impaciencia en todos los ca- pitales, había de tener una fría ac- ción en París?

Es la pregunta que me hacía no sin angustia, al firmar con la Métro- Goldwyn. Mayr el contrato de ex- clusividad que permite actualmente al «Vieux Colombier» de París pasar por la pantalla uno de los más grandes films proyectados hasta la fecha. Des- de que hace dos semanas el contacto ha sido establecido con el público ge- neroso o severo, me felicito al ver que París no será la última gran pobla- ción que rendirá un homenaje al au- tor de «La multitud».

Las reacciones, no obstante de las esperanzas, han producido algunas sorpresas no estando exentos de mu- chos casos de vivezidades. Es un film discutido, se dice, un crítico como Lu- cien Wahl le ha tratado de mediocre; otro de tonto; algunos le han pro- clamado obra maestra y otros de ban- camente mala. Un seminario de cine público con demasada ligereza, una magnífica escena de la playa, en la que James Murray estaba sola con sus «kitties», diciendo que le causaba un gran asombro, tratando de hacer un chiste de dudoso gusto, que pu- diera pertenecer aquel trozo a un film titulado «La multitud...» (El mismo período debería haber hecho una reflexión semejante ante una fo- tografía de «Soledad» en la que pue- den verse una multitud de personas en una feria americana). Confesamos que en general, el intelectual se en- cuntra un poco sorprendido ante una obra de tanta naturaleza, au- daz hasta la exageración, por su for- midable sencillez. Sencllezz real que no se conoce y hasta que quiz no se hubiera querido llevar a aquel ex- tremo. Ningún realismo, ningún me- dio de asombrar ni por el cuidado de la verdad, ni por la transposición ar- tística. La vida, traducida con pro- fundidad bajo un gran arte super- ficial.

Causa una inmensa alegría ver el entusiasmo con que ha sido acogida esta obra, entusiasmo caluroso, o sim- plemente asombrado, los mejores es- pectadores de semejante film, son los menos pretenciosos y aun me atrevera a decir los más honrados. Pretenden mucho más a aquellos que pretenden «conocer» el cine. Estos últimos me hacen recordar a aquellos que dicen ya «conozco la vida». Son amigos o recientes enamorados de la pantalla, benchidos de ideas que giran todas alrededor de la cinemato- grafía. Aferidos al montaje rápido, a la fusión encadenada y sin intermi- tencias, el ritmo y la surimpresión,

Pero, gracias al cielo, el candor y la ternura no ausentan a la mayoría a los más sensibles.

Estos, sin haber estudiado nada en escuelas de cinematografía, compren- den mejor al admirar en «La multi- tud» sin otros comentarios, al hom- bre que desempeña Charles Murray, y a la mujer, Elonor Boardman. Si- guen con emoción toda las escenas de la vida cotidiana, cuyo eslabona- miento les lleva sin desconfianza, al sentimiento renovado del destino, de la fatalidad, fuma eterno, que vemos, partiendo del vertigo asfáltico, por el silencio de las imágenes.

En «La multitud», removiendo las opiniones, o creando una dispa- ridad, abre los ojos de todos sobre los caracteres del cine de mañana. El arte que pudieramos llamar falso, es el de los trucos fotográficos. El verdadero es el de las cosas despo- jadas de maquilajes y «afetes», el de los cuerpos en su juego natural, el de las situaciones peligrosas ya sean ridículas o dramáticas. Lo que más hay que admirar es el cine valiente y consistente que entiendo por esto, al cine que no vacila en intentar las ex- presiones más difíciles, la crisis en- scene más resaca, llevando pocos elementos pero bien humanos, en vez de una masa impresionante y sin alma. «La multitud» abunda en ele- mentos de esta clase. La escena de la playa, la del «sleeping» y principal- mente la escena del fondeado son verdaderas maravillas de concepción y ejecución, ¡que no se olviden!

La maestría no está, como volun- tariamente se cree, en el talento del que maneja las masas. Los antiguos todos como los genios de «Kitties» no son de nuestra época o no deben serlo. Que no se olvide tampoco que el talento necesario para los gestos de efecto, que tanto impresionaba antes, sería ridículo si el empleo se llevara a cabo por los pitmeos mímos del ci- ne de hoy igual que por los tristi- mos de «El asesinato» del Duque de Guisay. No sea caso que nos vendan la expresión a metros el gesto a tanto la imagen como todavía hacen algunos actores de positivo valor, en días aciagos. «El cine necesitaba una pureza y saneamiento completamente nuevos».

King Vidor, el joven autor ameri- cano, James Murray, cuyo primer film es este (sin olvidar a Boardman- Vidor, e'pos del autor), son los que nos han aportado eso, mereciendo por ello nuestra admiración y gratitud.

J. TEDESCO

Volvió la cabeza, y se encontró con Roque de Lara, que le dijo:  
—Quédese usted. Tenemos que hablar.  
—Pues me quedo—repuso el músico.  
Y los dos entraron en el despacho del cura.  
Este cerró la puerta, y arrimando una silla a su mesa de despacho, le dijo:  
—Siéntese usted.  
El señor Roque se sentó, porque no tenía más voluntad que la del venerable sacerdote que con tanta benevolencia le trataba.  
—Ante todo, espero que usted me perdone—volvió a decir el cura—, por haberle quitado el placer de acompañarles en su expedición.  
—Al contrario; le agradezco a usted con toda el alma la supresión de esa caminata, que me hubiera hecho sudar el quilo. A mis años es lo mejor un cuartito así, y sentado en una silla como esta.  
Roque se inclinó, dándole las gracias por su galantería.  
—Vamos a tratar de un asunto de la mayor importancia—dijo el sacerdote.  
—Ya le estoy escuchando.  
—Librada, ¿es hija de usted?  
Y el cura marcó la palabra «hija».  
—Un momento, don Roque—respondió el viejo músico—. Cuando usted, allá en Madrid, honró mi humilde buhardilla, intenté revelarles el origen de esa niña; pero usted se opuso...  
—¿Su origen? ¿Y qué me importa a mí su origen? Es buena y honrada, y eso me basta.  
—No, no es eso lo que yo quiero decir.  
—Entonces, usted se explicará.  
—Quiero decir que Librada no es mi hija.  
Roque de Lara, que se había propuesto en aquella entrevista sondear la verdadera procedencia de Librada, miró con fingida sorpresa al señor Blas, dicién- dolo con admiración:  
—¿Que no es hija de usted?  
—No, señor; pero la quiero lo mismo que si lo fuera.  
—A ver, a ver; hágame usted el favor de explicarme eso.  
El señor Blas contó a Roque lo mismo que le había confesado Pancho y que había leído en la novela de Ezequiel.  
Al oír con el acento de la verdad la sencilla narración del anciano, el buen cura sintió un placer inmenso en su alma.  
No le quedaba duda: Librada era la niña que buscaba con tanto empeño.  
Pero era preciso saber además si era la hija de Fanny y de Emilio, porque dar un golpe en vago en esta materia tan delicada, hubiera sido terrible para la pobre madre.  
—¿Sabe usted, señor don Blas, que lo que acaba de contarme es maravilloso? —dijo.  
—Pues le he dicho a usted la pura verdad, como si me fuera a morir.  
—¿De manera—repuso Roque—, que resulta que Librada es huérfana?  
—Así lo supongo; porque hace la friolera de quince años que yo me la en- contré tendidita a la sombra de un árbol, y hasta la fecha nadie ha venido a decirme: «Esta chica es mía»; y, sea dicho entre paréntesis, no me gustaría mucho que viniera un cualquiera y con sus manos lavadas se la llevara.

Sin embargo, los padres tienen derechos incuestionables sobre los hijos.  
—No lo niego; yo sería el primero en reconocerlo; pero eso no implica para que me lamentara de la pérdida de una parte de su cariño, que indudablemente me robarían.  
—¿Y usted, por la misma niña, nunca ha podido averiguar...?  
—¿Qué quiere usted! Ella era muy pequeñita, hablaba con una media lengua encantadora, y sólo conservaba una idea bastante confusa de su familia. A fuerza de preguntas pude sacar en limpio que era americana, y nada más. ¡Ah, sí! Tam- bién llegué a persuadirme por lo que me dijo y por una cruz de rubíes que lle- vaba sobre el pecho que su verdadero nombre es Angela; pero yo le puse el de Librada, en celebridad de haberse librado tan milagrosamente del naufragio. Pero volviendo a sus padres, lo más probable es que el mar se los tragara aquella noche.  
—¿Y usted conocerá al hombre que le dio la noticia de encontrarse la niña bajo el árbol?  
—Aunque hace muchos años que sucedió, su fisonomía no se ha borrado del todo de mi memoria: era un hombre fornido, mal educado, con el cabello crespo y el semblante muy moreno.  
El sacerdote abrió el cajón de la mesa y sacó la fotografía de Pancho.  
—¿Conoce usted a este hombre?—le preguntó.  
El señor Blas fijó una mirada en el retrato, y dijo:  
—A este hombre le he visto yo en alguna parte, pero más joven y más robusto. Mírelle usted bien.  
—Sí, sí; lo dicho, señor cura; yo le he visto, pero no recuerdo dónde.  
—Tal vez en las orillas del Miño, una mañana, hace quince años...  
—¿Dios mío! ¿Es verdad! ¿Esta es su mirada! ¿Este es su pelo! ¿Estas son sus facciones! Pero, ¿cómo está en manos de usted ese retrato?  
—Usted, pobre anciano, ha cuidado de la niñez de Librada, y Librada, en cambio, cuidará de la ancianidad de usted. Dios no olvida a los buenos. La caridad nunca se siembra en terreno estéril. El día último de este mes, Angela, por- que éste es el nombre de la niña abandonada, será poderosa; mañana habrá en- contrado a sus padres.  
El señor Blas dió un salto en la silla.  
Roque procuró tranquilizarle, y continuó:  
—Para eso necesito que usted me deje por esta noche la cruz de rubíes que halló al cuello de la niña.  
—Pero esa cruz la lleva siempre sobre su pecho Librada—repuso el viejo.  
—Pues bien, cuando regrese, se la pide usted y me la entrega, sin decir a na- die, ni aún a ella, una palabra de lo que hemos hablado.  
—¿Pero, Señor, yo voy a volverme loco! ¡Librada rica, poderosa!  
—Será dueña de tres millones.  
—¿Tres millones! ¿De modo que sus padres...?  
—Son tan pobres como usted; pero serán pronto millonarios.  
—¿Yo me confundo! ¿Y dónde están esos padres?  
—Aquí, en el pueblo.  
El pobre viejo quiso hablar y no pudo. Parecía que tenía obstruida la gar- ganta.  
Por fin hizo un esfuerzo, y dijo:  
—Si usted me hiciera el favor de pedir que me dieran un vaso de agua... porque parece que tengo un nudo en la laringe.